AÑO XIX 20 JUNIO DE 1910 NÚM. 440

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

LA BARBARIE QUE PASA

PASA realmente por nuestra ciudad un vendabal de barbarie. Considerad en sus detalles la vida compleja de nuestra capital, y en cada una de sus manifestaciones notaréis las huellas de esa barbarie moderna.

De dos años acá Barcelona se desconoce á sí misma. Sin duda alguna nuestra desgraciada ciudad ha sido escogida como cuartel general de esos ejércitos de vándalos que, para mayor escarnio de nuestra civilización, enarbolan la bandera donde se leen, en gruesos caracteres rojos, las palabras «Libertad, Igualdad, Fraternidad».

Y según la insolencia con que operan y la franqueza con que hablan, diríase que hay entre ellos y los gobiernos que se van sucediendo en la dirección de ese inmenso desbarajuste que se observa, un contrato secreto, que consiste en dejar hacer, con la condición de que en sus expansiones bárbaras no traspasen los términos municipales de la urbe barcelonesa.

De otra suerte es difícil concebir tanto respeto en los de arriba y tanta procacidad en los de abajo para esta orgía macabra de dilapidaciones, amenazas, insultos é insensateces.

Y entre tanto hemos llegado á un límite, pasado el cual es imposible prever el rumbo que pueden tomar las ideas de las distintas clases sociales.

Porque, sea por la audacia de los elementos radicales, sea por el marasmo de los elementos de orden, sea por el abandono en que casi perpetuamente tienen nuestros gobiernos á la región más activa, más industrial, y por ende más heterogénea de España, lo cierto es que puede afirmarse que los avanzados, los que sueñan constantemente en un descuaje total de nuestras costumbres y de nuestro modo de ser, se han impuesto á la ciudad, y hoy, hay que declararlo paladinamente, son los dueños absolutos de la vida barcelonesa en sus múltiples aspectos.

La calle es de ellos; el derecho público se ha pasado al bando radical, y la libertad... la libertad se ha disfrazado de arlequín, poniéndose *El Progreso* por montera; y se pasea, mejor dicho, merodea por nuestra ciudad como descocada ramera, andando del brazo de la procacidad y de la desvergüenza.

Los insultos, las sandeces, las vilezas de lenguaje, parecen haber tomado carta de naturaleza en nuestras costumbres públicas.

¿Qué diría Cervantes de nuestra querida Barcelona, si viviese en nuestros tiempos?

La asquerosidad de los conceptos expresados en voz alta y de ordinario en nuestras principales vías, nos hacen salir á todas horas los colores al rostro; las libertades impertinentes, que incultos mozalbetes se permiten con las señoras; las groserías de que hacen gala ante el público, que, escudado en las Ordenanzas municipales, cuando menos, discurre honestamente por nuestros paseos; todo esto nos da una tristísima impresión del estado actual de nuestra sociedad y una idea más triste aún del nivel moral é intelectual de los que se educan en esas escuelas sin Dios, sin patria y sin ley, y nos hacen entrever con espanto lo que sería nuestra pobre nación, si ellos, los analfabetos, los primitivos, lograsen implantar lo que ellos llaman, no sé si en son de burla, *La República Española*, que más que república española sería una merienda de negros africanos.

Envalentonados con su triunfo electoral, que no fué realmente un triunfo, sino la recogida de un botín abandonado en pleno campo por dos enemigos contendientes, se han creído dueños absolutos de la ciudad, de sus calles y plazas, de sus tesoros económicos y artísticos y han llegado á hacerse insoportables con sus demasías de lenguaje y de acción.

Si á todo esto se añade esta pornografía que pulula entre nosotros en forma de periódicos, de folletos, de postales, de reproducciones indecentes en las vías públicas, de películas cinematográficas, de exhibiciones en los cafés cantantes, en representaciones teatrales, etc., etc., se tendrá una idea del miserable estado de abyección moral en que se encuentra nuestra infortunada ciudad.

Es la barbarie que pasa; es el salvajismo que se cierne sobre nosotros; es la visión apocalíptica que se realiza; es la ruina que atisba; es la muerte que amenaza.

La suerte de los individuos, como la de los pueblos, está en la mano de Dios; y la Providencia es la que rige lo mismo los destinos de los pueblos que los destinos de los individuos, dando á unos y otros lo que por sus vicios ó virtudes se merezcan.

Asur es la vara con que Dios castiga á los pueblos apóstatas, y, en el rodar de los siglos, Dios ha suscitado á muchos Asures que fuesen el instrumento de sus iras.

Asur era el pueblo bárbaro, que, como impetuoso torrente, convirtió en ruina y desolación el pueblo romano. Asur era el ejército moro que en las aguas del Guadalete estrujó entre sus manos el imperio godo. Asur era el coloso de la guerra que á principios del siglo XIX unció á su carro victorioso las naciones prevaricadoras. Y Asur es quizá esta barbarie que, con asombro de todos, se ha apoderado de las principales fuentes de riqueza de nuestra ciudad y se ha impuesto con su procacidad y con sus gritos.

Paso, pues, á esta barbarie, que es tal vez el instrumento con que Dios quiere castigar nuestros delitos de lesa religión y de lesa sociedad.

Paso á esta barbarie que viene á despertar á los soñolientos, á desengañar á los ilusos, á aleccionar á los incautos, á unir á los enemigos de un día.

Paso á esta barbarie, con todo su repugnante séquito de desorden, de inmoralidad, de confusión y de anarquismo.

Paso á esta barbarie, con su pornografía ambulante, con su arte descocado, con sus películas indecentes, con sus vaudevilles asquerosos, con sus orgías desenfrenadas.

Paso á esta barbarie, elocuente manifestación de lo que puede un pueblo que se arrastra uncido al carro innoble de una demagogía impía, sembradora de odios, calumnias y enemistades.

Paso á esta barbarie, fruto natural y lógico de esos centros de instrucción, que á ciencia y paciencia de unos gobiernos católicos, han funcionado y funcionan aún entre nosotros, para acabar de pervertir esas generaciones jóvenes, que van apoderándose de los destinos de España.

Católicos barceloneses, hombres de orden, cualquiera que sea el bando político á que pertenezcáis; vosotros todos, los que amáis nuestra ciudad infortunada, con sus cristianas tradiciones, con su carácter serio y laborioso, con su brillantísima historia escrita por nuestros hermanos en la bandera gloriosa de las cuatro barras, con su poderosa industria, con su comercio mundial, con sus anhelos de poderío y de grandeza; vosotros los que soñáis en una Cataluña rica y fuerte, que sea el orgullo de sus hijos, la perla de España y la admiración de los extranjeros: deponed vuestras pequeñas diferencias, sacrificad ante el altar de la Religión y ante la estatua de la Patria

vuestras rencillas familiares, aproximaos los unos á los otros, inteligenciaos, uníos, en fin, en apretado é irrompible haz y vivificados por el Amor y por la Fe, oponeos por todos los medios posibles, que los hay, al avance impetuoso y caótico de esa demagogía vandálica, que amenaza destruir nuestra civilización, nuestras riquezas, nuestras artes y nuestras venerandas y salvadoras tradiciones; que tiene por único objetivo el hundimiento moral y material de nuestra sociedad.

Cuando Napoleón, instrumento de la divina Providencia para castigar á las naciones prevaricadoras, hubo cumplido su misión, Dios hizo surgir de los abruptos cerros de una montaña bendita á un puñado de hombres que le cerraron el paso, haciéndole oir el veto soberano de un pueblo que quería vivir, libre y sin trabas, su religión, su ley y sus costumbres.

Los somatenes catalanes dieron la voz de ¡alto! á las hordas del Atila moderno, y el moderno Atila, que había subyugado á medio mundo, se retiró avergonzado, llorando su derrota.

¿De dónde saldrá el grito vigoroso, el ¡alto! omnipotente que obligue á retroceder, siquiera á su primitivo campamento, á este nuevo ejército de modernos bárbaros, lanzados, con un gesto de despecho, de odio y de venganza, contra nuestra sociedad por esos intrigantes de la política y comediantes de la vida social, por los eternos enemigos del orden, de las costumbres, de las tradiciones, del arte, de la riqueza de un pueblo, de todo cuanto nos vivifica, nos honra y engrandece?

CLAUDIO VIDAL Y CORTADA
Académico Honorario

LA NOSTRA PATRONA

A mos companys del Grupo Esperantista de la Joventut Catòlica de Barcelona «Katolika Iunularo.» (1)

L'hermosa Verge de l'Esperança
un mantell porta verdós com mar
y al front li brilla la blanca estrella
qu'es far y guía dels navegants.

Sa faç es clara, tota serena,
reflexa nimbes del blavenc cel,
y es sonrosada, com l'alegría
del qui confía, del cor creyent.

(1) Poesía leída en la fiesta literaria-musical-esperantista, celebrada el 12 de los corrientes en la Academia de la Juventud Católica de esta capital por dicho grupo, solemnizando la conclusión del primer curso de Esperanto dado en la misma.

Es l'etern símbol, l'ilusió dolça
del qui sospira y anhela amor;
tant pel qui espera com desespera
es sempre l'ancla de salvació!

¡Oh, bella imatge de l'Esperança,
qué n'ets d'hermosa! ¡Qué n'ets de gran!...
Al teu front brilla la blanca estrella
qu'es far y guía dels navegants...

——

Un jorn a l'ayre una senyera
borrava fites de les nacions;
germans nos feya d'una familia
d'únic llenguatje, d'idèntic mot.

La Nau de Pere, sempre valenta,
surava ab gloria, per l'ample mar,
y la bandera de l'Esperança
prengué per vela, issantla al pal.

Y'ls qui servíen la nau excelsa
varen extendre per l'univers
la nova llengua, y ab ella sempre
la fè divina, qu'es nostra Fè!

——

¡No hi han fronteres, sóls una patria,
lo noble regne del cel hermós!
¡Sia la parla que'ns deixa entendre
la missatjera del Rey d'Amor!

¡Remers, alerta; enlayre'ls braços,
boguèm a l'hora vers l'ideal!
¡Lo vent propici infli la vela!
¡L'estrella sia lo nostre Far!

¡Fem de la Verge nostra patrona,
que la nau guii, que'ns dugui a port!
¡Qu'es Consol sempre del que s'espera!
¡Qu'es l'Ancla forta de salvació!

L'hermosa Verge de l'Esperança,
qu'un mantell porta verdós com mar,
qu'al front li brilla la blanca estrella,
qu'es Nort y Guía dels navegants!...

Joseph Sala-Bonfill
Acadèmic Honorari

LAS ASOCIACIONES CALASANCIAS

La asociación viene á ser tan vieja como la humanidad misma, naciendo de la primera familia humana su fundamento y creciendo y ramificándose de muy diversas y complejísimas maneras. Su importancia y trascendencia son bien notorias y conocidas: mediante ella el hombre lo es todo; sin ella apenas es nada; en la Religión, en las ciencias, en las letras, en las artes, en las profesiones, en la industria, necesita de la sociedad, de sus semejantes, para cumplimentar y multiplicar sus propios esfuerzos; es la palanca, el vértice de la humanidad. Supongamos, por el contrario, completamente separado al hombre de sus semejantes, desconocida y olvidada en él la sociabilidad, y observaremos cómo va descendiendo gradualmente y del egoísmo llega al aislamiento, al estado salvaje.

De modo que la asociación constituye la condición inherente, el estado esencial, del que no puede, sin menoscabo de su jerarquía, ser despojado el hombre.

Y si en éste tal ocurre, lo propio ha de verificarse en el joven que se asocie para fines propios de su edad, como preparatorios de los que en el día de mañana haya de cumplimentar.

Porque, si el joven de hoy es el hombre de mañana, necesita que su inteligencia sea puesta en contacto con la de los otros jóvenes, para que su porvenir, cuando la realidad de las circunstancias se lo impongan, no pueda encontrarse frente á novedades y particularidades, de las que no conoció ni rastro.

Pero de nada serviría todo esto, si al joven, formándolo en la más absurda teoría, se le hiciese crecer en la más completa indiferencia por los asuntos religioso-educativos. Si tal ocurriese no se conseguiría el crear más que generaciones ineptas, faltas de todo sentido y orientación, desprovistas de la más grande de las sabidurías, que es el conocimiento y temor de Dios.

Y ahora considérese qué linaje de hombres habrá de esperar quien vea corretear por la calle esa manada de golfos y truhanes, vomitando de sus labios palabras soeces y blasfemias infernales; el periódico los envenena, el taller los corrompe, la calle los encanalla, el garito los arruina. Aunque prematura su edad, hombretean con los adultos, manchándose con los vicios de los hombres y perdiendo en esa edad, en que precisamente es natural, la inocencia. ¡Ah! Y mientras ésta se remonta, huyendo de los que debieran guardarla, surgen del abismo, para corromper á la mocedad, el crimen y la desvergüenza. Sí; el crimen del que nos presenta la Estadística los estragos que va haciendo en las filas infantiles.

¿Cómo impedir, pues, tantos estragos? ¿Qué aurora se presenta á tal desolación? ¡La familia! Pero ésta, compuesta tal vez de padres incrédulos é indiferentes, permite que sus hijos se críen en el arroyo. Por cada familia arreglada ¡cuántas hay responsables de los desórdenes infantiles!

¡La Escuela! Pero, ¿la laica y antireligiosa? ¿Y la en que el maestro se circunscribe á unas cuantas reglas de Gramática y Aritmética, sin cuidar de la moralidad?

¿Será la Escuela Cristiana? Sí, cierto; su influencia es grande y hermosa, la semilla la esparce en raudales de gracia divina entre sus educandos. ¡El Colegio, la Escuela religiosa! He aquí la base de la asociación juvenil, y, por lo tanto, de su perfecto desarrollo. En ella se acostumbran los jóvenes, por medio de la común asistencia á las clases de la agrupación en secciones; del recreo, etc., á la unión mutua, escolar y á la ocasión que se presenta, véseles reunirse, cambiar impresiones, tomar pequeños acuerdos colectivos y así, con tal sistema en el Colegio, llega su salida, su entrada en el mundo y la idea de la asociación cristiana la poseen tan perfecta, tan definida, que ante las circunstancias no vacilan por la novedad y son ya útiles á su Dios y á su Patria. Pero con el Colegio simplemente; con la sistemática asistencia á las prescripciones reglamentales, sin una particular asociación, en la que el joven colegial ó excolegial pueda desarrollar sus naturales facultades, la obra de aquél viene á resultar incompleta. No; ni siquiera la escuela cristiana, ni aun la escuela dirigida por religiosos es bastante para que el joven, acabada la instrucción escolar, se conserve ileso. ¡Cuántas veces se pudre la semilla sin echar las flores y frutos que se esperaban! ¿Qué religiosos más justamente afamados como pedagogos que los PP. de la Escuela Pía? ¿Quién, como ellos, ganó tantos y tan merecidos premios por la excelencia de su instrucción? Pues, con todo eso, no hacen más que la primera parte; la segunda es igualmente importante, más importante aún, si cabe; ya que sin las obras de perseverancia, el largo y penoso trabajo de la escuela correría casi siempre peligro y á veces se resolvería en nada. Los jóvenes, al salir de las manos de la Escuela Pía, caerían en las de las sociedades secretas ó públicas, cuyo fin es la desaparición de la fe, la ruina de las costumbres, restando de este modo una gran muchedumbre á la Iglesia, á la sociedad cristiana.

La obra de las asociaciones calasancias es, pues, capital. A menos de imposibilidad ó impedimento justificado, es preciso que cada colegio escolapio (y nos reducimos á la Escuela Pía, porque claro está que igual aplicación puede tener en otra escuela ó corporación religiosa de enseñanza), tenga como corolario indispensable una Asociación, á lo menos, de jóvenes bajo el patronato de la Escuela Pía y bajo la advocación de la Virgen Santísima y sus gloriosos protectores.

Pero, ¿en qué consiste la Congregación con esta advocación y tal patronato? La realidad y la práctica nos ahorra el tener que acudir á planes, á bases inferiores á nuestras fuerzas, para la constitución de estas agrupaciones. En nuestro colegio de S. Antón había el año pasado establecidas seis Congregaciones, mejor dicho, siete, con el Centro del Apostolado de la oración. Cuatro de éstas pertenecían á los jóvenes escolares, dos para Medio-Pensionistas y Encomendados y otras dos para Externos y Vigilados; subdividiéndose cada dos de éstas en Congregación para párvulos y 1.ª Enseñanza y Congregación de 2.ª Enseñanza y Comercio. Aquélla era una como preparación para ésta, y ésta á su vez lo era para las Asociaciones de ex-alumnos. Estas eran: la Congregación Mayor y la Academia Calasancia, grande ya en la idea del P. Llanas (Q. E. P. D.) y que en el transcurso de su existencia puede afirmarse que no ha tenido jamás período de decadencia ni de crisis.

La más razonada demostración de la importancia de estas Asociaciones para el fomento de las letras, la hallamos en la celebración de certámenes de la índole del que se celebró el concurso pasado, con mayor ó menor importancia y calidad según la importancia de la que lo celebra; en la celebración de Sesiones generales, á las que en un arranque de admiración calificó nuestro P. General Manuel Sánchez, de *pequeño Congreso* cuando presidió una de la Congregación Menor (S. de M. y P.) del violado Colegio; no menos que en otros actos de trascendental importancia que sería prolijo enumerar.

En la Piedad, grande es su utilidad, pues caminan bajo la advocación de la Madre de Dios, de S. José de Calasanz y con el lema Piedad y Letras, legado de su querida Escuela Pía, realizan actos de verdadera y santa Piedad.

Soldados aguerridos hay que formar; lo cual significa que no han de contentarse con la preservación, sino que es preciso desarrollar las iniciativas, arraigar las convicciones, para que no sean hombres débiles que como veletas, cambien de orientaciones ó se humillen en su religiosidad ante las burlas impías y humanas; antes bien sean inconmovibles rocas en medio del mar del mundo en las que se estrellen las erizadas olas de la tempestad

José Cuenca
Académico aspirante

LIBROS QUE «MEGEAN»

No sabemos si la palabra «megea» está en su caso encabezando estas líneas. La usamos únicamente como sinónima de «amedicina»; es decir, quiere suministrar remedio debiendo antes procurar su salud misma. Abundan, sobran y molestan libros de esta clase; libros llenos de palabras que, más que desprecio ó risa, causan indignación.

Tengo á la vista uno de tal jaez que, por cierto, ha producido en mí el efecto de un garrotazo. Ostenta un título de seductiva sonoridad; encuadernación sencilla y hasta elegante, letra clara y sumamente legible, tamaño regular, tintas hermosas, y, en fin, cuantos requisitos piden los exigentes por un precio como el suyo: seis reales.

Al frente de cada capítulo va el nombre de una personalidad. Todos literatos, todos filósofos, todos eminencias en las letras y en la filosofía; la mayor parte catalanes, pero (¡ah!) ninguno de ellos ha sabido ser del todo «libre» en sus pensamientos. Es, acaso, un recuerdo á sus amigos y enemigos; acaso un arranque de fina aunque indigna ironía; acaso un tapujo que evita que los hedores inmunden del todo el ambiente.

¿Es un cínico el autor? ¿Sabe lo que dice? ¿Por qué será que las imprentas son á menudo visitadas por desequilibrados?

El autor no es un cínico. El autor sabe lo que dice. El autor no visitó la imprenta como desequilibrado.

El autor de referencia es quizás uno de los más acabados modelos de escritores de «pelo rojo y moco en el ojo». Pertenece al grupo de jóvenes «intelectuales» que, no satisfechos con los deficientes estudios del bachillerato, amplían el ramo natural de la ciencia filosófica, buscando aliento en las páginas misteriosas de los viejos extravagantes que han pasado maldiciendo desde la escuela al café, del café al club, del club al mitin, del mitin á la imprenta, de la imprenta á la cárcel y de la cárcel á la guillotina, que bien pudiera ser imaginaria para muchos. Allí, sudados aún del trabajo que les da el pan, agarran con afán los folletos y devoran con piel de gallina al principio, con recelo luego y con emoción altamente agradable al fin, el contenido íntegro, sin sospechar que tal afición, al par que engendra émulos desgraciados, engendra con rapidez entes que arrollan hasta los lazos íntimos, con tal de proporcionar á sus convicciones una satisfacción adecuada al monstruo que han forjado. Más tarde, cuando creen en su cultura y no cuentan todavía veinte años, pervierten á los barberos, que son sus amigos mayores y se entonan preparando algún drama sensacional, que estrenado en el tea-

tro más democrático del pueblo, produce en el espectador ignorante el fenómeno terriblemente chabacano de las lágrimas que quieren saltar de los ojos por deferencia al autor y sus propósitos, y del cosquilleo simultáneo del antebrazo y rodillas que al impresionable produce cierta fría y desagradable risa.

El estreno ha sido un *éxito*.

Es cuestión de darse á conocer de otra manera. Pasa horas y más horas, sentado en mangas de camisa en el escritorio de su cuarto, cavilando una gran empresa. Ojea y más ojea autores «ilustres», celebra largas conferencias con el barbero (y quién dice barbero dice empapelador ó cajista), y al cabo de un año ó dos, produce su «primera obra grande»; es decir, la única; porque no creo que sean más de una las salidas de un cerebro «monótono» igual. En este libro se confiesa anarquista intelectual, ó sea el título más honroso que pudiera ponerse bajo un apellido, en una espléndida candidatura para diputados. El que tengo á la vista es algo más que todo esto, porque es algo más el autor.

Todos ellos dividen sus obras en diez ó doce partes. La una trata del mundo en su principio, génesis equivocada, barullos en la Mente... falsedad (á lo mejor) del principio de causalidad. Las otras explican el Hombre, la Justicia, el Mundo, la Religión, el Destino, el Poder, el Corazón... y descienden á demostraciones tan *patentes* como la de que: «la familia es institución puramente voluntaria y su destino el desaparecer; la autoridad es solemne mito; la escuela una cárcel infame que no merecemos; el ejército, los poderes, las mismísimas leyes, oropel digno del estercolero...,» y yo he oído más todavía... «la carne, las venas, los intestinos y cuánto es capaz de putrefacción, sobra; porque nos sujeta y no debe mermar nuestra idealidad. La voluntad debe sobreponerse á la materia, y como no puede, ésta es la que la detiene, la que se opone á la libertad del alma. Y... somos completamente libres.»

Cuando los tales reconocen que son enteramente libres y sujetan sus *dramas sensacionales* á las leyes, sobrado opresoras de la composición y del talento, nos reimos. Cuando publican su gran obra y la esconden á los ojos de sus más cercanos parientes, para no ser apalizados ó despedidos del *seno de la familia*, les despreciamos. Cuando se afirma, en una borrachera de «anarquismo intelectual», que son despojos asquerosos la sangre y la carne de nuestros padres, nos indignamos.

No nos extrañamos, pues, cuando confundimos á veces el rebuzno del asno sosegado con las palabras «Anarquismo intelectual».

. . . . . .

En cuanto al carácter político ó sociológico de ciertas obras sucede, con frecuencia, lo del siguiente cuento:

D. X. se siente autor libre. Publica su obra. Tiene las pruebas en su casa. Las ha corregido ya. Se acerca el impresor y le propone tal clase de papel para cubiertas. Es de calidad extra y de color rojo. D. X. no se decide. Va á visitar á otro impresor, á otros encuadernadores; se le muestran catálogos nutridos de toda clase de cubiertas. Todas son llamativas. Unas azules, otras amarillas, otras verdes, amoratadas, rosas, alguna negra, alguna blanca. Ninguna gusta á D. X.

—Quisiera, decía, una cubierta especial; nada chocante; de buen gusto;... de color indefinido, como indefinido es el libro. ¿Y no la encontraré?

Cierto día, en que el autor menos lo esperaba, recibe un ofrecimiento de persona desconocida. Sospecha que es un amigo del alma el del anónimo, que enterado de la desesperación en que se halla sumido por tan poca cosa, quiere regalarle la encuadernación del libro.

Al fin y al cabo es más práctico ahorrarse el importe de las cubiertas, y se decide por las ofrecidas en el anónimo. Su amigo, no obstante, aunque enterado del asunto, no ha soñado tales esplendideces.

Se le entrega la edición encuadernada «gratis» y... ¡oh!... ¡cuántos libros, publicados por anarquistas intelectuales, llevan las mismas cubiertas que el suyo!

—¿Si van á tomar mi obra por anarquista, siendo así que ni ribetes de ello tiene?... ¡Qué desgracia la mía!... *¡y no haber remedio!*

Y efectivamente, la obra de D. X. resulta del género anárquico, ¡por las cubiertas tan sólo!

Luis Marimón
Académico de Número

DE MAL AGÜERO

—¡Virtudes! Asómese V. un poco á la galería que le voy á decir una cosa.

—¿Qué hay, qué se le ofrece, Antonio?...

—Asómese un poco más, que no la veo... ¡Ahora!... ¿Quieren salir esta noche con nosotros? Iremos de verbena. ¿Verdad que sí? Esto no se hace más que una vez al año.

—No se lo puedo asegurar porque no está aún mi marido... pero, vamos, ya pueden contar con nosotros... ¿Irá V. con Facunda?

—¡Claro está que sí! iremos los dos...

—Y yo. ¿Verdad, padre, que yo también iré?

—¿Qué quieres, Manolín? ¿Ir á la verbena con tus padres? ¿Y si te duermes?

—¡No me dormiré, no; que yo ya soy grande! ¿Verdad que sí?

—¿Y ya serás bueno?... ¿muy bueno, muy bueno?... ¿sí? Pues dí á tu madre que te cambie el delantal, ¡corre! ¡Es una monada!... Pues contamos con ustedes, ¿verdad?

—Ya le he dicho que sí. ¿Iremos á ver las iluminaciones?

—No sé. Yo pensaba ir á la tienda del Sr. Juan, que ha armado una juerga de buñuelos y de piano, y de... qué sé yo, en obsequio á sus parroquianos, que durará hasta las tantas de la noche. En fin; del programa ya hablaremos después. Podemos ir primero á las iluminaciones y después á la verbena del Sr. Juan.

—Lo mismo da; la cuestión es pasarlo bien. ¿Ya nos avisarán cuando salgan?

—Sí, mujer; pierda V. cuidado...

***

—Tim, tim, tim, tirim. Tim, tim, tim, tim, tirim...

—*¡Caramel-le! ¡caramel-le!* ¡Menta, pipirita, limón, fresa! *Dos paperines cinc céntims.*

—¡Buñueeloooo! ¡Buñuelo fino!

—*¡Quiiiii... la peta! ¡Graciosa fresca, deu céntims!*

—¡Eso, eso! ¡Viva la bronca!... ¡Buenas noches, Sr. Juan!... V. siempre tan de humor, ¿eh?

—¡Que las pase V. muy felices!

—Muchas gracias, en vida de ustedes. ¿Y cómo han venido tan tarde?

—Hemos ido antes á ver la animación por las calles. Pero ¡caramba! qué bien está eso. ¿Sabe V. que ha tenido mucho gusto en adornar la plazuela? ¡Caramba, hombre, caramba! Con sus farolillos, sus banderas, su piano del todo adornado y la fuente. ¡Qué bien está con tanto follaje!... Hasta el olor á aceite de los buñuelos... ¡Si esto es un salón! ¡Si es V. un artista!

—No exagere V., por Dios, no exagere V.

—¡Cómo que yo exagero! Si digo la verdad. ¡Qué está muy bien!

—Pero si casi todo ha sido cosa de los vecinos.

—Y de V., Sr. Juan, y de V.; que es capaz de animar unos almacenes reintegrativos. ¿Cree V. que no lo sabemos? ¡Vamos, que la iluminación del Paseo de Gracia se queda así... de tamañita.

—Vamos, vamos, son ustedes muy amables. Entren ustedes, que refrescarán un poco... Pepín, sirve á los señores... y ¿V. también, señora Facunda?... claro está que sí... vamos, háganme el favor... doña Virtudes, siéntese V... y V. también... pero ¿qué hacen de pié...

—(Gracias á Dios; ya estaba esperando yo el refresco. Con tanto darle incienso se me ha secado la boca...)

—¡Qué buenos son estos buñuelos!

—¡Riquísimos! Que están muy bien, que estos buñuelos no son tales buñuelos. ¡Que están muy bien... de azúcar!

—Pues, señores, son de mi cosecha.

—¡Caramba! ¡Pues es V. un tesoro! ¿Y cómo no amplía V. el negocio con los buñuelos?... Si se haría V. rico. Si todos los paisanos se los compraríamos á V.

—Está todo ya muy explotado. Si no hay negocio en nada. ¡Estoy muy desengañado!... Pero ¡canastos! si ya son casi las doce... ¿Dónde están los papelitos?

—Claro está, ¿dónde están?... Hay que saber el porvenir de todos los presentes.

—Pero, ¿V. cree en estas paparruchas de las doce de la noche de hoy?

—¿Qué dice V.? Si es verdad todo ello. Mire V., hace tres años que mi hermano tampoco creía en nada de esto, y, gracias á mis consejos, logré que consultara su porvenir, y el pobre echó los papelitos al agua y empezaron á juntarse, y separarse, y formar cosas muy extrañas. Yo le dije: «José Manuel, que no me gusta esto, y que no me gusta...» hasta que por fin los papelitos, cansados ya de dar vueltas, se pararon tranquilos en el fondo. Enseguida me fijé en ello, y vi que se habían colocado de una manera que formaban una especie de cosa que parecía un automóvil. Y miren ustedes lo que son las cosas. Hace cuatro meses que á un chiquitín que tenían le cogió...

—¿Un automóvil, quizá?...

—¡Quiá! Le cogió un sarampión que lo mató á los pocos días... Y él, aun anda diciendo que no tiene nada que ver esto con aquello.. Y ahora digan ustedes si es verdad ó no eso del porvenir...

—¡Demontre! Pues yo quiero probar esto.

—¡Cuidado, Antonio, que no lo vaya á pagar nuestro Manolín!

—¡Cállate, mujer, que no todo van á ser defunciones!

—Vengan los papelitos y el vaso, Pepín. ¡Eche V., Antonio, eche V.!

—No, primero V., Sr. Juan, que á V. le toca.

—Pues, allá va... ¡Ah! Cómo se mueven también! ¡Que tampoco me gustan!

—Pues, no sé por qué. Mire V., mire V., como ya se paran.

—Para mí... que esto es un barco.

—Pues yo diría, desde aquí, que es un altar... sí, sí... ¿Ve V. el Sagrario?...

—Pues, no sé; á mí me parece un aeroplano. ¡Jesús! y de qué mal agüero es esto!

—Pues á mí me parece que ha de estar muy tranquilo...

—Pero, ¿qué están ustedes meditando aquí?... ¿Qué? ¿no quieren venir á bailar? Les estamos aguardando.

—Tiene razón éste. ¡A bailar! ¡á bailar! Créame V., Sr. Juan, no se turbe V. por eso. Esto para el vulgo, bien; pero no para la gente ilustrada. Créame, no haga V. caso ni de treces ni de ninguna de estas paparruchas, que no le darán más que disgustos... ¡Vaya, vaya! á bailar..

—Pues, á bailar; vamos á bailar. (Pero, mecachis con el aeroplano este, que, vamos, que yo no estoy tranquilo.)

—¡Ea! ¿qué hace el *pianista?* Anda, Monín, dale vueltas al piano.

—¿Qué quieren ustedes? ¿un schotisch?... Pues, corriente.

—Tripitrim trim, tripitrim trim...

. . . . . .

—¿Qué hace V., D.ª Petra, sin bailar? Venga V. conmigo, que bailará también.

—¡Ay sí!... Cuán amable es V. ¡Ay!

—¿Qué la he pisado quizá?

—No, no... Decía ¡ay! ¡Ay! de admiración. ¡Ay! sí. ¡Ay!

—(¡Canastos! con los sustos que me está dando esta mujer con tantos suspiros.)

—¡Cuánto me recuerda la verbena de la Paloma!

—¡Ah! Es mucho mejor ésta. (¡Que no me pueda sacar el aeroplano de la cabeza!)

—¡Animo, Monín! que te duermes.

—¡¡Bien, por el Sr. Juan y su familia!!

—¡Música, música! Pepín, obsequia á la *pareja.*

—¡Vamos, que resulta espléndido! ¡Que es de pistón!

—¡Que siga la música, Monín! ¡Más ánimo al manubrio! ¡Viva la broma!

—¿Quién refreescaaaa?... ¡Helaooo! ¡helaoooo!...

—Sírveme un *chato,* niño; y á ésta un *glacé.*

—¿Sabe V. que hace una noche muy tranquila?

—Rrrrrrrr... Rrrrrrrr... ¡Socorro! ¡Favor!

—¿Qué es esto? ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—¡Sr. Juan! ¡Sr. Juan! ¡Que hay ladrones!

—¿La *pareja,* dónde está? ¡Guardia! ¡guardia!

—¿Qué es esto, Pepín? ¡Si no puede ser!

—¡Que sí! Que han entrado unos chuscos en el jardín y le han vaciado el gallinero, el palomar ¡y hasta su cómoda! ¡Todo ha *volado!*

—¡¡¡Recanastos!!! Ya lo decía yo que el aeroplano de los papelitos era de mal agüero.

M. Comas Esquerra
Académico de Número

BIBLIOGRAFÍA

La Unión hispano-americana.—E. Subirana, Barcelona, 1909

Es un lindo librito, consagrado todo él á describir las fiestas cívico-religiosas que se celebraron en Zaragoza el año 1908 con motivo de la llegada de los Prelados americanos, que en nombre de los católicos del nuevo mundo, vinieron á ofrecer sus respectivas banderas á la Virgen del Pilar, para dar público testimonio de su amor á la España católica y de su veneración y entusiasmo por la milagrosa imagen.

Respira todo el libro un entusiasmo comunicativo y está escrito en una prosa de irreprochable pureza. Contiene datos interesantísimos que lo hacen necesario para la historia del catolicismo de nuestros tiempos, especialmente por lo que se refiere á aquellas regiones hermanas nuestras en religión, en sangre é idioma.

España y América.—Revista quincenal de los PP. Agustinos; calle de Recoletos, 15, Madrid.

Hemos recibido los números 10 y 11 de esta notabilísima Revista, pertenecientes al 15 de mayo y 1.° de junio. Estos dos números forman un solo número extraordinario y está todo él dedicado á conmemorar el Centenario de la Independencia de la República Argentina.

Contiene trabajos muy interesantes sobre asuntos de actualidad relativa á las repúblicas americanas de origen español, y además bellísimos escritos en prosa y en verso, formando un conjunto atractivo y de grande interés. Pueden los PP. Agustinos estar orgullosos de su obra que tan bien recibida y alabada ha sido por el público que lee y se interesa por las repúblicas que fueron un día vistoso florón de la corona de España.

Revista de estudios franciscanos.—Revista mensual de los PP. Capuchinos de Cataluña; Diagonal, 450. Barcelona.

También hemos sido honrados con el envío del número extraordinario de esta interesante publicación, formado por los números correspondientes á abril y mayo y dedicado en homenaje al Patriarca de los Menores en el séptimo Centenario de la aprobación de la Regla Se-ráfica.

Dificilmente ni en España, ni aun, que sepamos, fuera de ella, se habrá publicado con tan fausto motivo, y en la esfera periodística, un trabajo que en conjunto tenga la importancia é interés que ofrece el número extraordinario de tan docta y acreditada publicación.

No es posible dar en breves líneas una idea aproximada de la solidez é importancia de los escritos, por lo que nos limitaremos á recomendarlos á nuestros lectores, en la seguridad de que, como nosotros, quedarán agradablemente admirados en presencia de tanta doctrina y de tan vasta ilustración, como los redactores de este extraordinario han sabido reunir en una obra periódica, que consta de 260 páginas de texto, presentando intercalados interesantísimos grabados que dicen relación á la benemérita y docta Orden franciscana.

La Ciencia Tomista.—Publicación bimestral de los dominicos españoles. Madrid, Santo Domingo el Real.—Claudio Coello, 114, 1910.

Aspira esta Revista á poner al corriente á sus lectores del movimiento científico-social de nuestra época; abarca, entre otras, las siguientes secciones: ciencias bíblicas, teología dogmática y moral, apología, historia de la Iglesia, ascéti-

ca y mística, derecho canónico y civil, lógica y criteriología, metafísica, cosmología y teodicea, psicología, literatura, etc., etc. Se publican también *crónicas científico-sociales* de todo el mundo. Consta de 160 á 200 páginas, siendo la suscripción de 10 ptas , España, y 12 francos, extranjero.

Deseamos á la nueva publicación un éxito lisonjero y muchos lectores de sus sabias y provechosísimas páginas, que constituyen, sin duda, una de las mejores revistas que ven la luz en nuestra patria.

El problema de la felicidad, por *Pablo Combes*. Traducción de *Severino Aznar*.—Barcelona, Herederos de J. Gili. 1909.

El autor, conoce como pocos, el corazón humano: sus misterios, sus goces y sus penas; da en este libro soluciones aceptables sobre la felicidad, la cual no será completa en este mundo sino en el otro, gozando á la vista del Creador. Pero si conoce grandemente el corazón humano, todavía es mayor el conocimiento que manifiesta de la realidad de la vida; por eso ha podido escribir el libro que nos ocupa. El editor ha lucido los medios de que dispone para avalorar el libro: *El problema de la felicidad*.

Cuentos y Fantasías, por *Fr. Manuel Sancho,* Mercedario. — Imprenta de E. Subirana, Puertaferrisa, 14, Barcelona. 1910.

Este libro está formado por veintiocho hermosos cuentos de variedad y asuntos á cual más interesantes. Campea en él un exquisito gusto literario que le hace sumamente agradable, haciéndose leer todo de un tirón. Así nos ha sucedido á nosotros, tal es la elegancia del estilo, riqueza de dicción y el tacto del autor, que ha sabido adornar con tan brillante ropaje la verdad moral, tan mal parada en otros libros de cuentos y consejas de autores más libres y despreocupados.

Felicitamos al P. Sancho por su libro, adornado de vistosas viñetas y elegantes dibujos, que hacen más atractiva la lectura de sus *Cuentos y Fantasías*. Lo recomendamos á los directores de Colegios, por servirles perfectamente de premio para los educandos. La impresión, limpia y esmerada, acredita al editor señor Subirana.

La Virgen cristiana, en la familia y en el mundo. Sus virtudes y su misión en nuestros días, por *María Luisa Chaveut*. Traducción de *Francisco de P. Rivas*.—Barcelona, E. Subirana. 1909. Un tomo en 8.° de 502 páginas, 2 ptas., en tela.

Esta piadosa obrita va principalmente dirigida á las jóvenes que, debiendo vivir en el mundo entre mil peligros, quieran conservar su virginidad pura y sin mancilla. Escrita en estilo flúido y elevado, hermana perfectamente la solidez con la dulzura del lenguaje y la elevación de ideas con la sencillez de la expresión.

La autora, que por los sentimientos que revela y por la ingenuidad con que los expone, ha de ser por fuerza una dama muy piadosa y muy ilustrada, ha sabido responder á la imperiosa necesidad de los tiempos modernos, tan acostumbrados á ver por doquiera inmoralidades y deshonras y hastiados de tantos egoísmos bajos y de tan viles concupiscencias.

El Debate.—Bien informados, podemos dar á nuestros lectores la noticia de que muy pronto estarán ultimados todos los detalles preparatorios de la salida de *El Debate*. Nos aseguran que por la universalidad y fidelidad de su información, por la independencia de criterio con que ha de tratar las cuestiones, así como por la variedad y el interés de su lectura, *El Debate* constituirá un verdadero acontecimiento.

Plácido

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.- MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA